

No parecía sino que el olímpico metal guerrero dignificando sus rasgos con estatuaria apostura y dando a su mirada la fijeza de una reflexión metálica, hubiera nimbado su fisonomía con una aureola de apoteosis. Sintió por

un instante un dulce desmayo, un suave desvanecimiento. Cuando alzó la vista le sonreía un dulce fulgor de esmeralda que era como una tranquila irradiación de esperanza: las pupilas de la Diosa.

Mistral y el Conde de Perigny

Escribo estas líneas bajo una impresión de regocijo.

La velada de antenoche resultó una hermosa fiesta. Es natural que así fuera. A más de la fama del conferencista, había el atractivo especialísimo del tema: Federico Mistral y su obra literaria. Podía haberse anunciado al público esta conferencia con la misma frase con que comienza uno de sus más lindos cuentos aquel ingenioso molinero provenzal que se llamó Alfonso Daudet: *C'est de la fine fleur de farine provençale qu'on va vous servir cette fois, en la seguridad de que la palabra fácil del Conde Perigny habría realizado la promesa. Mas él quiso hacernos el obsequio sin encarecer su precio, como conviene a un gentil hombre de su estirpe y de sus condiciones. Razón de más para que estemos agradecidos a este noble caballero, todo inteligencia y entusiasmos, que en momentos angustiosos en que el pan diario nos llega amasado con la agria levadura de gárrulas politiquerías, ofrece a nuestros apetitos de ideal, sonriente y generoso, el trigo divino de la poesía.*

En efecto, el señor Perigny nos ha presentado en una forma sobria y elegante, el cuadro completo de la tierra gentil del sol y las cigarras, la silueta venerable del viejo patriarca de Mailane, las figuras inmortales de sus poemas, en una palabra, el hechizo sin igual del leyendoso Midi galo. Su conferencia es de verdad una evocación magnífica del país ardiente, cuyas bellezas ha encarecido Mistral con el prestigioso encanto de sus versos. Tan penetrado está este disertador de nuestros bosques, de las ins-

piraciones del viejo felibre y de las hermosuras del cielo y de la tierra provenzales, que no nos parece posible hacer el elogio de su alocución, apartando el pensamiento de esta tierra y de aquel cielo. Hemos de decir por lo tanto que el discurso de antenoche es lucido y espléndido como los veranos que maduran las naranjas de la Cote d'Azur, o acendran el aceite de los olivares de Aix, vibrante y sonoro como un pino de las Alpilles, sencillo y delicioso como una arlesiana de quince años, claro y abundante como las aguas del Ródano, cálido, del calor del entusiasmo, como la inmensa llanura alucinante que necesitó atravesar Mireya para ir a implorar a las tres Marías favor y protección para sus anhelos de virgen enamorada. Lo mismo que en plena Camarga hay también en la conferencia de Perigny espejismos cuya fábrica inconsistente y sutil parece hecha con el humo de las quimeras; igual que en el delicioso valle, donde arrullaron los sonetos de Petrarca el dulce sueño de su novia ideal, fluyen también en aquélla, fuentes de aguas vivas y cristalinas.

Como mano maestra que repinta las líneas borrosas de un dibujo, el Conde ha hecho surgir en mi memoria con extraordinaria nitidez los recuerdos que conservo de la expedición que hice en Provenza. Mientras le oía he vuelto a ver Avignon, la vieja sede de los papas, con sus murallas y su castillo soberbio, Arles, la antigua colonia de Roma, con sus Arenas enormes, sus Alyscamps melancólicos, su fastuoso teatro y su encantador San Trofimo; Les Baux, ciudad construida toda de granito, donde el estrago de